

Nuestros Territorios, Campos Propicios para la Simiente Comunista

Un Pavoroso Cuadro de la Educación

Reportaje de William Benton, Senador de los Estados Unidos, Editor de la Enciclopedia Británica, quien escribe sobre el escenario latinoamericano entero, el que visitó recientemente en compañía del actual Embajador de los Estados Unidos ante las Naciones Unidas, y ex-Candidato a la Presidencia, Adlai Stevenson.

El gran abismo y la gran esperanza

Nada podía ser más sorprendente —y más desalentador— que el contraste que advertí entre el sistema soviético de enseñanza y preparación y el que prevalece —o no prevalece— en las repúblicas latinoamericanas. He examinado la amenaza comunista en la América Latina. Parte de esa amenaza es el brillante ejemplo soviético de sus progresos educativos. Ese ejemplo ya está ahora listo para pasar a manos de los propagandistas comunistas en la América Latina. La cuestión que plantea es si la América Latina, por medios democráticos, puede ampliar y profundizar suficientemente sus oportunidades educativas.

A mi juicio, el actual abismo abierto entre la universidad —y la intensidad— del sistema soviético y el sistema latinoamericano debe ser reducido, y dramática y rápidamente. Los gastos para educación en la América Latina van ahora en un mínimo de 2.00 dólares por persona al año, en Haití, Perú y Paraguay, a un máximo de 11.00 dólares en la Argentina y Chile. Compárese eso con un promedio anual de unos 70.00 dólares en los Estados Unidos (cifras de 1951). La comparación de las cifras a base de niños de edad escolar es aún más desventajosa.

La mayor parte de los educadores latinoamericanos con quienes hablé estaban de acuerdo con dos cosas: primera, que es de urgente necesidad en la América Latina un programa colosal de educación, y segunda, que en menos tiempo del que se empleara un proyectarlo debiera iniciarse la ejecución de dicho programa.

Con el ritmo acelerado del crecimiento de la población en la América Latina —y la creciente amenaza comunista—, mañana me parece a mí que ya es ayer, en el campo de la educación más que en ningún otro.

Oí afirmar en la América Latina que si había que establecer prioridades entre el progreso económico y la educación, el progreso económico debe ser lo primero, y que la alfabetización y la enseñanza vendrán después: "el esfuerzo para alfabetizar a las masas no debe detener el avance económico". Además, se decía, las prioridades en la enseñanza serían para la producción de "personas técnicamente competentes" y se "concentrarían en atender a zonas de necesidad apremiante y de utilidad estratégica".

Mi opinión personal es que el ser humano es el recurso material más importante de una nación y su elevación es la primera prioridad, aun desde un estricto punto de vista económico.

En una población creciente, las gentes analfabetas e ineducadas aumentan el total de hambre y necesidad; con la educación, se convierten en un "recurso natural". A mi juicio, ningún programa amplio de fomento económico puede tener éxito a la larga —por mucho capital que se emplee en una economía, por muy hábil que sea la planeación económica—, si no va acompañado de un programa de educación. Nuevos instrumentos piden nuevos hombres para controlar su empleo y gozar de sus frutos. Además, el bien que buscamos en los asuntos humanos no puede ser únicamente económico. El avance económico es sólo una parte del proceso general de evolución social, e insistir especialmente en los aspectos materiales puede llevar a una deformación destructora de toda la complicada trama de relaciones personales e institucionales. Sólo mediante la educación pueden aún millones de latinoamericanos empezar a comprender la parte que pueden tomar en el despertar de sus sociedades. Sólo mediante la educación pueden millones de individuos dar los primeros pasos en la ascensión, no sólo a un nivel de vida mejor, sino a un concepto más decoroso y digno del valor de la vida. Además, sólo mediante la educación puede formarse un número suficiente de políticos y hombres de negocios con

sentido de responsabilidad, guías que dirijan la lucha a favor de las sociedades democráticas libres y de la equidad social, guías que den un sentido humano a la revolución tecnológica que empieza a experimentar la América Latina.

La alfabetización y las escuelas primarias

Un número de latinoamericanos que se calcula entre 70,000,000 y 80,000,000 no saben leer ni escribir. La mitad, aproximadamente, de ellos, tienen más de quince años de edad. Los porcentajes de analfabetos entre los que tienen más de diez años van del 13% en la Argentina; al 89% en Haití, y el enorme Brasil, con el 51%.

En la América Latina son insuficientes las escuelas primarias, para usar un adjetivo suave. Tienen poco material y pocos libros. Frecuentemente los maestros trabajan sólo jornadas cortas y no tienen otra preparación que la de la escuela primaria. Las materias son anticuadas.

El tipo feudal de vida que aún persiste en gran parte de la América Latina no ha sido propicio a la educación en gran escala. La tradición oligárquica quizá dió y quizá de todavía a una *élite* relativamente pequeña una educación adecuada al concepto de su papel como aristocracias; pero las grandes masas del pueblo reciben poca enseñanza si es que reciben alguna, y esa poca de mala calidad. La tarea actual de proporcionar un sistema de escuelas públicas adecuado a las necesidades, es, en consecuencia, monumental.

La América Latina necesita 500,000 maestros primarios más y otras tantas aulas, si ha de ponerle, la enseñanza primaria a disposición de los 19,000,000 de niños que tienen aún que iniciar su educación.

Los países latinoamericanos varían grandemente en la alfabetización de sus poblaciones. Costa Rica declara orgullosamente que tiene más maestros de escuela que soldados. Esto contribuye a explicar la proporción del 80 % de sus habitantes que saben leer y escribir cifra que Costa Rica comparte con la Argentina, Chile y Uruguay. En el otro extremo, en Bolivia, Guatemala y Honduras, la proporción de alfabetizados es sólo del 30 %, y en Haití no pasa del 11 %. Todas estas cifras son inevitablemente inexactas. Habitualmente en los "alfabetizados" se incluyen todos los que han asistido a alguna escuela. Puesto que la mayor parte de los educadores coinciden en que son necesarios cuatro años para crear un grado duradero de alfabetización el número de personas que en la América Latina son "funcionalmente analfabetas" probablemente es mayor que los 70 a 80 millones que suelen admitirse. La situación es aproximadamente comparable a la de Rusia, cuando los bolcheviques tomaron el poder en 1917.

El problema de la enseñanza se complica con el crecimiento actual de la población. La proporción de niños a adultos es cada vez mayor. En Venezuela,

por ejemplo, el 70 % de la población es de menos de treinta años de edad. Para la América Latina, en conjunto, la proporción de niños de edad escolar en relación con los adultos es el doble que en Europa. Así, la carga de la enseñanza es potencialmente el doble sobre cada trabajador adulto. Y esta carga es tanto más pesada cuanto que mucha gente está hambrienta, y además se necesita dinero para nuevas carreteras, nuevos hospitales y nuevas habitaciones, tanto como para nuevas escuelas.

México, país relativamente adelantado, es ejemplo de lo profundo que es el problema del analfabetismo. Si el objetivo consiste en reducirlo radical y rápidamente, las escuelas por sí solas no pueden hacerlo. Se prolongará durante una generación o posiblemente dos. Por lo tanto, se necesitan también otros medios, como el movimiento suscitado por Torres Bodet en 1940 y tantos, más el uso generalizado de la radio, que debiera inaugurarse en gran escala inmediatamente, como el único medio que puede llegar a todas las aldeas. Por otra parte, después de haber llegado a la alfabetización del 60 % o más, digamos, el esfuerzo nacional probablemente tendrá que orientarse hacia la preparación en eficiencia agrícola. Realmente, las dos cosas van juntas. Una razón para que el peón o el agricultor pobre quieran aprender a leer, es que así aprenderán a producir más alimentos.

El Brasil proporciona otro ejemplo de las dificultades que se presentan en el nivel elemental. Anísio Espínola Teixeira, me explicó en Río de Janeiro que en 1930 había sólo 1,800,000 alumnos en las escuelas elementales del país. Ahora hay 5,000,000; pero dijo que serían 7,500,000 si asistieran a la escuela todos los niños brasileños de siete a once años.

Teixeira me dijo que la mayor parte de las escuelas elementales no tienen libros, y que necesitaban desesperadamente que se les concediese "una prioridad mucho más alta en libros." Y añadió que los libros de consulta eran los más importantes de todos los que se necesitaban. Creo que el progreso educativo de los niños y del pueblo brasileño es una de las grandes metas y una de las grandes oportunidades filantrópicas del mundo occidental. Brasil es el gigante naciente del hemisferio meridional.

Después de los libros, dice Teixeira, viene la preparación de maestros. Sólo unos 2,800,000 niños, la mitad de los 5,800,000 alumnos primarios, tienen maestros que han asistido alguna vez a una escuela secundaria; 3,000,000 tienen maestros que sólo tienen la instrucción primaria. El gran aumento de alumnos trajo como consecuencia el empeoramiento de la calidad de los maestros.

Colombia. Alberto Jaramillo, nos dijo que hay en Medellín —rica ciudad de 500,000 habitantes que se jacta de tener 100 o más millonarios— unos 8,000 niños que no pueden ir a la escuela porque no las hay. Dijo que se supone que la ciudad construye los edificios, que se supone que el Estado paga a los maestros y que el gobierno federal ayuda de diversas maneras. Nos explicó que el problema del dinero es muy duro

para los Estados, porque "el Congreso toma todos los ingresos nuevos para el gobierno federal". Este es un buen ejemplo de un problema crónico que afecta a las relaciones entre los gobiernos provinciales y el gobierno central en todo el hemisferio.

Enseñando a los adultos a leer. No todos los educadores latinoamericanos están conformes con la importancia que Torres Bodet concede al papel primario de la escolaridad formal entre las necesidades educativas de hoy. Alberto Geisecke, antiguo rector de la Universidad de Cuzco, en el Perú, cree que habría que dar la prioridad a un programa de alfabetización de adultos. Nos dijo que ese programa conseguiría, en diez años, resultados importantes con los indios. Pero me dicen que la mayor parte de los estudiosos de educación comparada coinciden con Torres Bodet, y aducen que la experiencia en todo el mundo revela que los programas de alfabetización de adultos tienden a ser ineficaces, salvo cuando está funcionando un buen programa de escuelas elementales.

En Bogotá oí hablar de un notable sacerdote llamado monseñor Salcedo. Es ampliamente conocido como "el buen monseñor." Por radio enseña a leer a los analfabetos y se ha calificado su programa como "una de las campañas más dramáticas para vencer el analfabetismo en todo el mundo". Se calcula que lo escuchan 500,000 personas. En cada aldea consigue a alguien que sepa leer para que actúe como jefe de un grupo que trabaje junto bajo la guía de sus radiodifusiones. Hay 6,500 grupos de éstos. Una de sus series radiadas trata de agricultura: cómo cuidar las vacas, cómo tener mejores semillas, y así sucesivamente. Además, tiene un periódico semanal que trata ampliamente de agricultura y con una circulación de 75,000 ejemplares, casi tantos como *El Tiempo*, que es el periódico más grande de Bogotá. (Un programa algo parecido lo inició también con éxito en Bolivia el padre Ryan en 1956).

Monseñor Salcedo, elegido recientemente "hombre del año de las N.U.", está subvencionado por el gobierno colombiano. Cuando un grupo anticlerical pidió al presidente Lleras Camargo que suspendiera la subvención, el presidente se negó y dijo: "Vengan a verme cuando tengan una propuesta que prometa hacer tanto bien al país con la misma cantidad de dinero".

No creo que la discusión sobre la lucha contra el analfabetismo haya de concretarse hasta tomar la forma de "escuela primaria contra enseñanza de adultos". La necesidad de propagar enormemente la enseñanza elemental es arrolladora y no puede ser negada. Pero seguramente hay también oportunidades notables en el caso de la enseñanza de adultos, particularmente a través de los grandes medios nuevos de la radio y la televisión. Monseñor Salcedo ofrece un ejemplo que debiera seguirse y no combatirse. Y Geisecke quizá tenga razón. La competencia con los comunistas en los diez años próximos, por lo que respecta a los indios, quizá se lleve a cabo primordialmente en el plano de la enseñanza de adultos. En realidad, la radio puede constituir la mejor esperanza de

progreso educativo en la América Latina rural durante los años que se necesitarán para aumentar la capacidad docente y crear escuelas. Debieran instalarse con relativa rapidez aparatos receptores en todas las aldeas, y las emisiones podrían destinarse no sólo a aumentar el número de gentes alfabetizadas, sino también a proporcionar enseñanzas en agricultura, higiene, mejora de las viviendas, y también a un esfuerzo para hacer algo sobre la educación elemental regular.

Ya he tocado el primer punto fundamental en todo estudio sobre la educación secundaria pública: el de la "deserción escolar". La mayor proporción tiene lugar después del primer año de escuela primaria. La segunda ocurre entre la escuela primaria y la secundaria. Una razón importante de esta última es que hay insuficientes escuelas vocacionales en un nivel secundario. Así, la escolaridad secundaria significa ahora en gran parte, la promesa de una posible preparación universitaria o de la digna pobreza de ocupaciones tales como la enseñanza rural o la teneduría de libros. Esas perspectivas no son demasiado tentadoras, y los estudiantes se alejan.

Muy pocas escuelas secundarias de cualquier tipo funcionan en las zonas rurales. Esto priva a la población campesina de la educación esencial para sus posibilidades de mejorar. Una consecuencia es que la migración a la ciudad se efectúa con la mayor frecuencia entre personas mal preparadas, y los barrios miserables se hacen mayores y más indigentes.

Las escuelas secundarias de las zonas urbanas sufren de falta de dinero, del cambio frecuente de maestros y de enseñanzas antiguas. Sólo unas pocas tienen dos o tres turnos diarios. Muchos de los maestros son estudiantes universitarios que trabajan sólo jornadas incompletas. Lleras Camargo, nos dijo que "hay ahora más de un millón de colombianos que debieran estar en escuelas secundarias y no lo están; los que están estudian las mismas materias que se estudiaban en el siglo XIX".

Los programas anticuados debilitan la capacidad de las Universidades para imponer, a su vez, un contenido moderno en sus programas. Los muchachos de familias ricas pueden, naturalmente, beneficiarse de escuelas particulares bien dirigidas. Así —y este punto es importante—, la incapacidad de colmar el abismo existente entre la enseñanza primaria y la universitaria sirve para acentuar la diferencia de clases. Esto es tan peligroso como injusto. A menos de que la "movilidad social" aumente en el plano educativo, a menos que las clases sumergidas y ahora ambiciosas encuentren oportunidades para mejorar, la "impaciencia" de la América Latina más fácilmente podrá convertirse en violencia.

En el Brasil, muchas escuelas secundarias públicas trabajan en tres turnos: mañana, tarde y noche. Federico Rangel, del Ministerio de Educación del Brasil, me dijo que la instrucción es tan deficiente, que las siete escuelas de ingeniería del país no encuentran bastantes estudiantes calificados para conservar la eco-

nomía brasileña, que actualmente aumenta su productividad a un ritmo del 7 al 8 % al año. Esta es una parte crítica del agudo problema actual del Brasil: ¿Cómo puede el país, con un sistema de enseñanza tan lamentablemente débil, sostener su rápido crecimiento económico?

Escuelas particulares

Las escuelas primarias y secundarias particulares suelen ser mejores. Funcionan en gran parte para familias que pueden permitirse pagar la enseñanza. Frecuentemente están dirigidas por individuos de la Iglesia Católica. Hay muchas, principalmente en las capitales, que reciben estímulos y apoyo de gobiernos extranjeros. Tradicionalmente, por ejemplo, los franceses, y los alemanes han patrocinado escuelas de éstas, y no solamente para los hijos de sus propios compatriotas. Si a los muchachos latinoamericanos de buenas familias se les enseña francés o alemán —o inglés—, esto, dicen, contribuirá a estrechar los lazos de unidad, y rendirá sus efectos en términos diplomáticos y comerciales de gran alcance.

En Quito, el gobernador Stevenson y yo tuvimos la fortuna de pasar una mañana en la escuela norteamericana. Cobra una cuota de enseñanza de 14 dólares mensuales, más que el ingreso nacional *per capita*, que es de unos 13 dólares mensuales. Galo Plaza, que fue durante cuatro años (1948-1952) presidente del Ecuador, ayudó a fundar esta escuela en 1940. Plaza, que había sido educado en los Estados Unidos, deseaba una escuela que combatiese la propaganda del Eje que emanaba de la escuela alemana de Quito. Presidente en la actualidad del Consejo de Administración de la Escuela Norteamericana, Plaza nos dijo que la Escuela tiene unos 800 estudiantes, desde el KINDERGARTEN hasta la escuela primaria superior, de los cuales únicamente 60 son norteamericanos. Hay también en Quito una escuela misional norteamericana con 125 a 150 alumnos, y dos escuelas católicas, una para niños y otra para niñas, ambas con el nombre del cardenal Spellman y patrocinadas por él. (La escuela alemana, cerrada después de Pearl Harbor, ha vuelto a abrirse y prospera una vez más).

La escuela norteamericana de Plaza recibe ayuda cuáquera, que concede cierto número de becas. Muchas de ellas fueron dadas a individuos de pura raza india, que después hicieron buen papel en nuestras Universidades de los Estados Unidos. Plaza nos habló de tres hermanos indios, los cuales tuvieron becas en la escuela y después en Universidades de los Estados Unidos. Los cuatro abuelos de estos muchachos son agricultores de pura sangre india. Uno de los nietos consiguió una beca en Princeton y se graduó MAGNA CUM LAUDE; recibió después 2,000 dólares para una beca de graduado, a fin de que estudiase filosofía en Harvard; pero decidió que el departamento de filosofía de Harvard estaba deshecho después de la jubilación de Jorge Santayana; devolvió sus 2,000 dólares y ahora está en París, en la Sorbona. El segundo es un gran atleta que está ganando honores escola-

res en la Universidad de Texas. El tercero se está preparando para concertista de piano. Plaza nos contó esta historia como respuesta a los que dicen que es perder el tiempo tratar de educar a los indios. Todas las historias de indios en esta escuela norteamericana niegan la teoría racista según la cual hay una superioridad intelectual inherente a la raza blanca.

El director de la escuela, Robert Cornish, con su título de Maestro en Artes de la Universidad de Iowa, nos dijo con orgullo que todos los muchachos llegaban a ser "amigos de los Estados Unidos" y seguían siéndolo.

No hace mucho tiempo en la América Latina se tenía estrictamente separados a las niñas y a los niños en las escuelas y en todas partes. Todavía se les tiene así en las escuelas del cardenal Spellman, y en realidad siguen así en las escuelas secundarias parroquiales de los Estados Unidos. Nos dijo Plaza que sólo en este siglo empezaron las mujeres latinoamericanas a ser admitidas en el mundo del hombre. El progreso en el Ecuador fue notable. Plaza considera esta escuela norteamericana como símbolo, pues se divide por igual entre niños y niñas. Vimos bailar a los alumnos y alumnas del segundo grado, y nos parecieron deliciosos y divertidos. Estaban bailando danzas ecuatorianas indias, en las que las niñas se cubren la cara y los ojos con el pañuelo a la manera de la vieja danza española "del coqueteo". Aquí, en esta escuela, se practica la coeducación según la vieja tradición cuáquera, aunque los cuáqueros nunca fueron bailarines.

Desgraciadamente, son demasiado pocas las escuelas que puedan compararse. Hasta que no sean más numerosas, tanto en el sector público como en el particular —y en consecuencia al alcance de niños de las familias pobres—, las enseñanzas en los colegios y universidades de la América Latina languidecerán por falta de alumnos bien preparados.

Entre tanto, un hecho estimulante es la ayuda que el gobierno de los Estados Unidos da a 200 escuelas secundarias latinoamericanas, mediante el Servicio de Escuelas Interamericanas, sostenido por el Consejo Norteamericano de Educación.

Casi nadie en la América Latina concede importancia a la necesidad de mantener fluyendo, desde el KINDERGARTEN hasta las escuelas universitarias y profesionales, la corriente educativa de jóvenes bien preparados e inteligentes. Sin embargo, esto es parte muy importante, no sólo del proceso educativo, sino del proceso democrático. Es el corazón del problema educativo de la América Latina. Requiere no sólo una educación primaria y secundaria muy extendidas, sino una calidad de la enseñanza pública que permita florecer instituciones de enseñanza superior. En estas últimas se prepararán en gran parte las futuras cabezas directoras.

La enseñanza superior y las universidades

Quizá la observación más reveladora que se me

hizo en la América Latina acerca de la enseñanza superior, fue la de Nabor Carrillo, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México. Como de pasada, dijo que mientras él había desempeñado aquel cargo durante siete años, sus 11 predecesores sólo lo habían desempeñado durante un año y diez meses por término medio, y tres de ellos habían dimitido ante el peligro inminente de sufrir violencias físicas.

Sólo hay unas 10 universidades —el número exacto depende de lo que uno considere como universidad— en las veinte repúblicas de la América Latina. De ellas, más de cien son universidades nacionales. Su matrícula total es, aproximadamente, de 430,000 estudiantes. Una gran mayoría de esas instituciones, muchas de ellas de antigua prosapia, no han podido marchar al compás de las actuales normas mundiales.

Tropiezan con los obstáculos de un profesorado mal pagado y de tiempo incompleto, cuyos principales intereses están en otras partes; de la intervención política; de unos presupuestos y de una maquinaria administrativa enormemente inadecuados, y de una intervención estudiantil llevada a un grado inconcebible para los padres y educadores de Europa y de los Estados Unidos. Algunas, como la Universidad de Buenos Aires, con más de 60,000 estudiantes, figuran entre las mayores del mundo. Otras son pequeñas, y algunas parecen estar todavía en etapa de planeación. Las universidades nacionales de México y de Caracas están espléndidamente alojadas en magníficas "ciudades universitarias". Ahora se proyectan ciudades de este tipo para la principal universidad del Brasil y para la de Buenos Aires. Pero las más están inadecuadamente alojadas en edificios viejos, esparcidos acá y allá por las ciudades.

Los ultramodernos edificios de la Universidad Nacional de México fueron construidos durante la administración del presidente Miguel Alemán, una gigantesca estatua del cual domina el recinto. Fueron erigidos en el decenio de los 1950, con un costo de 30.000,000 de dólares. El resultado, en ladrillos y mortero, quizá equivale, aproximadamente, a una inversión de 100.000,00 de dólares en los Estados Unidos.

Esa "ciudad universitaria", alejada del centro de la ciudad, puede parecerles a algunos demasiado grandiosa; pero puede ofrecer nuevas posibilidades a rectores y decanos progresistas. Un recinto universitario suburbano tan importante invita a adoptar el sistema departamental de los Estados Unidos, el cual a su vez requiere profesores de tiempo completo. Además, la manipulación política es más difícil en los suburbios que en la ciudad. La distancia del centro de la ciudad desanima a muchos intrigantes y a los viejos estudiantes "profesionales".

En Caracas, al pasar por delante de un gigantesco y hermoso edificio nuevo, le pregunté a nuestro guía, la señora Pérez: "¿Es la Universidad?" Y contestó: "Es el Ministerio de Defensa. ¿Qué más?" Después pasamos por delante de una gran biblioteca construida para la Universidad; pero, según la señora Pérez, "no tiene libros". (Durante la corrompida dictadura de Pérez Jiménez, 1953-1958, un modo fácil de robar fondos pú-

blicos lo brindaron las llamadas obras públicas, de las cuales se dice que los políticos extrajeron una "entrada" de más del 40%).

Así, existen grandes diferencias entre las universidades y entre sus escuelas y facultades en lo relativo a requisitos para el ingreso, a las normas para obtención de grados, a la calidad de las facultades y al apoyo que reciben de los gobiernos. Algunas de las facultades independientes no admiten estudiantes ni estudios de otras facultades de la misma universidad. La inscripción es barata en todas las universidades nacionales; por ejemplo: 7 dólares al año en la antigua Universidad de San Marcos, en el Perú, y 16 dólares al año en la Universidad Nacional de México.

LA ORGANIZACION UNIVERSITARIA Y ALGUNAS DE SUS CONSECUENCIAS. —No obstante, hay una analogía orgánica entre todas ellas. Comparten un sistema de organización y control académico que se parece al que hubo en Bolonia, Italia, a principios del siglo XIII. En aquel tiempo había en Europa dos tipos principales de organización universitaria, el de París y el de Bolonia. El tipo de París era una corporación de maestros que manejaban la Universidad, formulaban y hacían cumplir las ordenanzas y se oponían al rey o al legado papal cuando creían amenazados los derechos universitarios. Realmente, si los maestros temían una persecución, podían trasladar la Universidad, como un árabe hace con sus tiendas, camellos, mujeres y servidores. Por el contrario, la Universidad de Bolonia era una corporación de estudiantes que contrataba profesores, señalaba la duración de los contratos y les recordaba en formas diversas que eran ellos los contratados.

Las instituciones del tipo de Bolonia tuvieron una vida relativamente corta en Italia, y todas las universidades de Europa y de los Estados Unidos descienden de las instituciones parisienses. Los estudiantes tienen poca o ninguna intervención en su dirección. En las universidades de los Estados Unidos es responsable de formular el programa y las normas académicas un consejo o senado formado por profesores y decanos. Una junta de síndicos o patronos, formada por legos, tiene a su cargo la política general. (Esta junta de patronos legos es la única aportación de los Estados Unidos a la organización universitaria, y aunque incluye con frecuencia antiguos —y conservadores— alumnos, los estudiantes mismos no tienen voz ni voto en su dirección).

Por el contrario, en las universidades nacionales latinoamericanas (con excepciones en el Brasil, donde los estudiantes hacen peticiones y van a la huelga, pero no se sientan en los consejos de gobierno) tienen una organización y una administración que se parecen a la del modelo de Bolonia. Creen algunos observadores que el recrudescimiento del tipo boloñés quizá es una característica de los países subdesarrollados, donde las circunstancias económicas y sociales hacen relativamente fácil convertir grandes grupos de gente joven en instrumentos políticos.

De vez en cuando una universidad latinoamericana puede adquirir un sello especial de un dictador nacional que ejerce un control directo sobre su vida aca-

démica. O quizá se deja sentir ocasionalmente una especie de dominio gubernamental directo en forma de prohibiciones y decretos legales. Pero, dejando a un lado estos matices, la característica común es la organización de tipo boloñés. En los consejos de gobierno tienen asiento representantes de los estudiantes, muchas veces en número tan crecido, que hacen extraordinariamente difícil, si no imposible, la dirección eficaz de los estudios y de la disciplina.

INFLUENCIA Y DOMINIO DE LOS ESTUDIANTES. La numerosa representación estudiantil en los cuerpos gobernantes parece ser un mecanismo para la anarquía, formado en el interior del sistema latinoamericano de enseñanza superior. Esto, naturalmente, no produciría resultados tan graves si no fuera por la gran inestabilidad del ambiente político.

Hay siempre la amenaza tácita de la huelga u otras violencias estudiantiles, si en el consejo no prevalece la opinión de sus representantes. Además, las normas fijadas bajo la presión de los estudiantes son con frecuencia muy bajas. Este sistema sirve bien a los llamados "estudiantes profesionales", estudiantes perpetuos que muchas veces se retardan hasta que pasan de los treinta años, porque encuentran que la conexión con la universidad les ayuda a conseguir tareas fáciles y a conquistar celebridad como líderes de la agitación política estudiantil, la cual, a su vez, es un escalón para hacer carrera como abogado o como político. A causa de estas perspectivas, los estudiantes suelen proceder de familias de posición media o alta, y como la política es aún totalmente oligárquica y de clase, tienen buenas perspectivas para llegar a posiciones directivas en la política. Como estudiantes, se creen simplemente jóvenes que empiezan el camino preestablecido, dada la naturaleza de la estructura social.

Por desgracia, son pocos los estudiantes a quienes puede eliminarse. Con frecuencia imponen a los profesores una política de bajo nivel en los estudios. Un lema frecuente entre ellos ha sido: "¡Un estudiante no fracasa nunca!" Hasta estudiantes que han aprobado sus cursos van a la huelga para obligar a los profesores aprobar a estudiantes fracasados. También van a la huelga porque un curso es demasiado difícil, o para obligar a un profesor a que lo modifique.

Semejante participación estudiantil en la administración universitaria procede en parte de la opinión según la cual la función de la universidad es desempeñar un papel directo e inmediato en la vida política activa. Así, la universidad latinoamericana carece de protección contra las intrigas de los políticos. En realidad, los estudiantes derriban las murallas protectoras desde adentro, y así los asuntos públicos ejercen una presión sin trabas sobre los asuntos del aula. La libertad de expresión, de meditación y de experimentación —libres de consecuencias inmediatas— necesaria para la verdadera libertad académica, tal como se entiende en Europa y en los Estados Unidos, sólo rara vez se encuentra en la enseñanza superior latinoamericana. Esto lo pagan muy caro los estudiantes mis-

mos, pues por su privilegio de manipular un poder que no están preparados para ejercer ni aún para comprender, no reciben el tipo de preparación que los calificaría como líderes del mismo progreso social que algunos de ellos se figuran que tratan de impulsar.

¿Qué clase de jóvenes son esos estudiantes? Se argumenta que las matrículas baratas son democráticas y permiten a todo el mundo adquirir una preparación universitaria. La verdad parece ser lo contrario: en general, sólo las familias de mejor posición pueden permitirse enviar a sus hijos a la escuela secundaria, o mejor aún, a la escuela particular, donde se preparan para la universidad, o mantenerlos durante el tiempo necesario para que termine los estudios superiores. Hay, naturalmente, algunas excepciones; sólo el 2 %, aproximadamente, de los estudiantes de la Universidad de Buenos Aires proceden de familias obreras. La proporción parece ser aún más baja en la práctica, imprime líneas de una profunda división de clases en la sociedad, líneas que se acentúan muy hondamente en el proceso educativo.

Muchos estudiantes creen que el hecho de que hayan recibido instrucción universitaria significa que la sociedad les debe por ello una situación social especial y perdurable. Pero como muchas veces no reciben una preparación verdadera ni importante, se crea un grupo de desplazados (o mejor, de nunca adaptados) que teóricamente estudiaron pero no se prepararon, y que hallan que la sociedad no puede absorberlos. Se les llama, pintorescamente, "el proletariado intelectual". Son un grupo políticamente peligroso y con frecuencia sumamente irresponsable. Incapaces de avanzar en el campo que comenzaron, se inscriben en otros como perennes estudiantes y empiezan una y otra vez. (Como en muchas instituciones a los estudiantes no les sirven los estudios hechos en una facultad para otra, tienen que empezar de nuevo, realmente. Las matemáticas o la sociología que se enseña en la facultad de humanidades son "diferentes", por lo que respecta al estudiante, de las matemáticas o la sociología que se enseñan, digamos, en la facultad de economía. Esto puede permitir a un estudiante seguir siéndolo indefinidamente. Una de las grandes necesidades de la educación superior latinoamericana, a cuya satisfacción pueden contribuir los Estados Unidos mediante su programa de asistencia técnica, es un plan que puede evitar el exceso de estudiantes que se concentran en algunos campos, como el del derecho, y orientar a los jóvenes hacia estudios que contribuyan a resolver la crítica escasez de personal que sufre la economía. En la actualidad, las universidades están organizadas en gran parte para estudiantes que tratan de especializarse en derecho, medicina o servicios oficiales. Aún no se han adaptado a las nacientes sociedades industriales.

Un profesor argentino de física me habló con especial pasión. Me dijo que de los 60,000 estudiantes de su Universidad de Buenos Aires no había más que "dos o tres buenos trabajadores". (Tomé esto por una exageración para acentuar más la situación, pues en

cualquier conjunto de jóvenes será mucho mayor la proporción de estudiantes activos.) Recordaba que durante su juventud, cuando era estudiante en una universidad europea y después en una de los Estados Unidos, "muchos de sus compañeros eran tan pobres, que sólo podían cortarse el pelo cada tres meses, ¡pero asistían a clase y trabajaban!" Después, con un amplio gesto de los brazos, como para abarcar todo el contorno, exclamó: "Estos muchachos argentinos están siendo preparados para ser parásitos y hacerse amos del gobierno. Los estudiantes casi invariablemente se convierten en el "niño bonito" que cree que el mundo le debe un modo de vida". Lo peor es —añadió— que, no siendo obligatoria la asistencia y con niveles tan bajos, le resulta imposible librarse de estudiantes que no merecen serlo. "Acabo de reprobado a un estudiante por sexta vez —concluyó—, y espero que vuelva a matricularse una vez más".

Un profesor de ciencias sociales que nos acompañaba tenía una opinión menos sombría. Nos dijo que 2,000 de los 60,000 estudiantes estaban enseñando en los grados primarios. "Eso lleva trabajo", dijo. El profesor de física se mostró de acuerdo con esto, aunque de mala gana, y añadió rápidamente: "Esos son los mejores estudiantes". Después expresó la convicción de que las universidades nacionales no podrán realizar nunca la tarea educativa, porque "la excesiva política hace demasiado fácil la suerte de los estudiantes". Está buscando ayuda para fundar una universidad particular en la que los estudiantes no manejen la facultad ni los programas de estudios.

Estudiantes comunistas. Muchos de los "estudiantes profesionales" tienen conexiones directas con los diversos partidos nacionales y viven de subsidios políticos. A este grupo pertenecen muchos comunistas empedernidos, preparados para manejar un séquito del 5% o el 10% del cuerpo estudiantil, que puede inclinar la balanza política de todo el conjunto.

En Montevideo se nos dijo que las actividades políticas de los estudiantes estaban dominadas por los comunistas. También en Caracas dominaban los comunistas. En Méjico se me informó que en la Universidad Nacional sólo el 5% de los estudiantes son realmente "izquierdistas radicales" o comunistas. Advertí a mi informante que eso constituía una masa de 2,500 estudiantes, suficientes para iniciar tumultos en gran escala.

Naturalmente, la participación en la política es un derecho de nacimiento de los estudiantes latinoamericanos, que les fue transmitido por sus antepasados. Debido al general respeto que se tiene para el intelectual en la América Latina, y debido a que en algunos países un número cada vez mayor de alumnos procede de la clase media y de la clase media inferior, y sienten impaciencia por la reforma social, los estudiantes tienen una influencia y unos objetivos en sus actividades políticas que son desconocidos en los Estados Unidos. Sienten un fuerte impulso hacia el partido comunista, que les prodiga adulaciones.

La situación de los profesores. En general, en la América Latina los sueldos del profesorado son muy inferiores a los que ganan en otras profesiones individuos calificados. Van de un mínimo de unos 40 dólares al mes, para profesores de tiempo incompleto (que con frecuencia se interesan sobre todo por adquirir prestigio en sus profesiones), a 200 ó, a lo más, 300 dólares para los de tiempo completo. Muchos profesores de tiempo incompleto, que seguirán siendo necesarios por lo menos durante otra generación, son elegidos con poco cuidado, y se llaman profesores "taxi", a los que, cuando no envían substitutos no capacitados a dar la clase, suelen usar "notas re-calentadas de cursos que siguieron en Europa tiempo atrás". Pero muchos de los profesores de tiempo completo que conocimos parecían hombres dedicados a su trabajo. Algunos de ellos sabían que yo mismo había ocupado el "banco de los penitentes" a causa de las insuficiencias del sistema educativo norteamericano. Como no tenían motivo para esperar de mí una actitud desdeñosa —la de un yanqui ciego para las debilidades de la enseñanza en su propio país—, creo que fueron muy sinceros conmigo. (Se me advirtió que tenía que descontar mucho de lo que profesores latinoamericanos distinguidos me dijese de sus estudiantes, porque los dos grupos están en franca competencia, y los profesores se sienten amenazados por los estudiantes).

Un economista de fama internacional me confirmó en Chile lo que yo había aprendido en México y en la Argentina: que los profesores están mal preparados, que faltaban con frecuencia a las clases y que constantemente eran cambiados; que las clases eran enormes y que el principal papel del profesor era hacer exámenes. Además, dijo, el "imperio del estudiante" desmoraliza a las universidades. Hay poco incentivo para que el alumno estudie esforzándose por aprobar. En Chile, como en la Argentina, un estudiante podía faltar a los cursos durante un mes y reanudarlos al siguiente. Esto, por sí sólo, desalienta a cualquier profesor.

No me gustaría ver el fin de la autonomía política e intelectual de las universidades latinoamericanas. Esa autonomía se logró tras siglos de lucha con la corona y el poder clerical españoles. Posteriormente, el actual papel clave de los estudiantes fue afianzada por la llamada reforma universitaria de Córdoba, de 1918, en que los estudiantes se hicieron admitir en la administración de esa universidad argentina, movimiento que empezó como un levantamiento de estudiantes serios contra una camarilla de profesores que consideraban sus cargos como sinecuras. Se propagó por toda la América Latina y se conoce con el nombre de "Revolución de Córdoba de 1918".

Y no subestimo el espíritu liberal que llevó a los estudiantes al frente de la resistencia contra la dictadura en muchas partes. Con frecuencia fueron las suyas las únicas voces liberales que se oyeron. En realidad, el prestigio que acompañaba a las actividades políticas de los estudiantes en muchos países es

en parte un legado del papel que desempeñaron en el derrocamiento de tiranos como Perón y Batista.

El destino impuesto por Castro a la Universidad de La Habana, ciudadela de la cultura cubana que cuenta 232 años de existencia, con 22,000 estudiantes, es un ejemplo de la pérdida de la autonomía y de los males del dominio estudiantil. Antes de Castro, la Universidad gozaba de tal autonomía, que ningún policía de Batista se atrevió a poner los pies en su recinto. Una de las primeras medidas de Castro como primer ministro consistió en instalar en el Consejo Universitario a 12 de los estudiantes partidarios suyos. Al principio, estos nuevos consejeros promovieron reformas que a muchos les parecieron legítimas; pero no tardaron en llevar pistola, adiestrar a una milicia estudiantil armada y declarar que la Universidad debía ser "un instrumento de la revolución". Ahora, en efecto, dominan la Institución. Hasta ahora han sido expulsados más de 400 profesores de un claustro de 1,600, muchos de ellos evidentemente porque no mostraban bastante entusiasmo por el castrismo. En sus lecciones sobre Alejandro, el profesor de historia antigua compara las hazañas de Fidel Castro con las de aquél. Tengo la esperanza de que este último y más trágico ejemplo del dominio estudiantil y político, pueda servir en todo el hemisferio para hacer ver la urgente necesidad de la autonomía y de la reforma de las universidades latinoamericanas.

Universidades particulares

Una de las grandes necesidades de la América Latina es la creación de universidades particulares que puedan señalar normas. En la Argentina se ha discutido durante más de medio siglo la creación de universidades eclesiásticas, que están prohibidas. El presidente Frondizi reforzó su posición política con el voto de los católicos, ofreciendo, en su campaña presidencial, la supresión del monopolio del sistema universitario por el Estado. Ha cumplido esas promesas. Bajo la nueva administración argentina, los títulos de médico, de abogado, de maestro y otros dados por universidades particulares autorizadas, van a ser reconocidos oficialmente y tendrán validez legal. Ya están organizando tres universidades particulares los grupos católicos. En una universidad, particular, el claustro y los administradores pueden evitar con más facilidad el dominio estudiantil y elevar el nivel académico.

Pero son remotas las probabilidades de que esas universidades particulares alcancen una calidad señaladamente superior en un futuro previsible. Sufren de la escasez general de profesores, de la falta general de dinero y edificios, y de la falta de tradición académica y filantrópica. Las nuevas universidades católicas pueden preferir especializarse —como, por

ejemplo, la de Córdoba, en medicina—, caso en el cual son muchos mejores sus posibilidades de un éxito rápido y limitado. Además, un dominio mayor del claustro de profesores reducirá algunos de los abusos más flagrantes del dominio estudiantil.

Estoy persuadido de que es del mayor interés para la política de los Estados Unidos ayudar a universidades del tipo de la de los Andes; esto es, con un consejo de gobierno apolítico y un rector nombrado por el consejo, y decanos y profesores nombrados por el consejo a propuesta del rector. Esas universidades, con más apoyo, ejercerían rápidamente una poderosa influencia sobre el fomento de la enseñanza superior en la América Latina.

Quizá debiera yo terminar aplaudiendo la motivación liberal y el esfuerzo por la autonomía de las universidades de la América Latina. Pero es preciso que busquen también el modo de dar una verdadera enseñanza. Únicamente así pueden alimentar en sus estudiantes un pensamiento claro, un juicio honrado y lúcidos hábitos mentales. Sólo así puede combatir el liberalismo los dientes de dragón que están plantando los comunistas, los cuales durante decenios han estado concentrados en las universidades latinoamericanas. El peruano Víctor Andrés Belaúnde denunció hace poco públicamente que los estudiantes latinoamericanos, con la importancia que conceden a sus actividades políticas, están aprendiendo a pensar y actuar sólo con el propósito de conseguir el poder. No aprenden a construir. Pero aún —dijo—, no están recibiendo en sus instituciones de alta enseñanza la disciplina intelectual y moral necesaria que les permita juzgar cómo trabajar bien. Ahí está el frente de batalla en el conflicto en gran escala que ahora se riñe en la América Latina.

Tengo alguna recomendación que hacer, relativa a la política de los Estados Unidos respecto a la educación latinoamericana. Lo mismo que en el problema del desenvolvimiento económico y en el problema de dominar el comunismo, las naciones latinoamericanas tienen que ser ellas mismas responsables de la educación de sus pueblos. El vecino más amigo sólo puede ayudar hasta cierto punto, y la ayuda directa que puede dar, probablemente es menor en los bajos niveles educativos. Raúl Prebisch me confesó: "El extenso alfabetismo de la América Latina es algo de lo cual nosotros mismos somos exclusivamente responsables".

Sin embargo, la manera más inteligente y perspicaz en que un buen vecino puede ayudar a los países latinoamericanos a mantenerse sobre sus propios pies, es ayudarles a valerse a sí mismos en las zonas en que la ayuda es bien recibida y en que es más fácil darla. Una zona fundamental en este objetivo de buena vecindad es ayudarles a educar y preparar a los líderes de mañana. Este programa debiera acelerarse mucho e inmediatamente.